

LOS PREMIOS LITERARIOS DE LA DIPUTACIÓN MURCIANA

ANTONIO CRESPO

A lo largo de casi medio siglo, desde los años de la postguerra española, los premios literarios han estimulado la labor creadora de los murcianos. Mucho se ha hablado siempre de este tipo de galardones, en cuya concesión no han faltado errores, pero que, contemplados desde la distancia del tiempo, ofrecen un balance, en conjunto, positivo. Y lo es, sobre todo, porque en unas épocas difíciles, en las que publicar un libro constituía una misión imposible, los premios literarios propiciaban la salida al público de obras merecedoras de ser conocidas. Pensemos que sin el premio literario correspondiente no se hubiesen editado en su momento libros tan notables como *El ámbito del lirio*, de Cano Pato, *Sueños*, de José Ballester, o *Carta bajo la lluvia*, de Alemán Sainz. Los ejemplos podrían extenderse a varias docenas de títulos más, en los diversos cauces que los concursos abrían: la novela, la poesía, el ensayo, la historia, el relato breve...

De los premios literarios murcianos, los más importantes han sido los de la desaparecida Diputación provincial, tanto por su amplitud de géneros como por su larga trayectoria de convocatorias anuales: cerca de cuarenta, con un largo censo de galardonados.

La primera de ellas tuvo lugar en 1942, época de grandes penurias y racionamientos (incluso de papel), siendo presidente de la Corporación don Luis Carrasco Gómez. A los premios se les asignaron nombres ilustres –“Saavedra Fajardo”, “Polo de Medina” y “Martínez García”– y se concedieron el 31 de diciembre de dicho año de este modo: el “Saavedra Fajardo”, para la mejor obra en prosa, con libertad de asunto y dotado con 3.000 pesetas, “ex aequo”, a Manuel Fernández-Delgado Marín-Baldo, por *La devoción contemplativa*, y a Diego Sánchez Jara, por *Juicio contra tiranos*, con una mención honorífica a Francisco M. Muñoz Palao, por un original que presentó sin título. El “Polo de Medina”, de poesía, también de 3.000 pesetas, a Francisco Cano Pato, por *El ámbito del lirio*, y a Dictinio de Castillo-Elejabeytia, por *La avena de Dafnis*, igualmente “ex aequo”, más dos accésits de 500 pesetas cada



uno, para Raimundo de los Reyes, por *Árbol*, y Lorenzo Guardiola Tomás, por *Dulcisonía del amor filial*. El “Martínez García”, al mejor artículo periodístico (1.000 pesetas), recayó en Luis Manzanares Pérez, por *Unidad en las consignas de Franco*, e Isidoro Martín Martínez, por *Perfil y esfuerzo de Murcia*, igualmente “ex aequo”, más sendas menciones honoríficas a Juan García Abellán, por *Trance del señor consejero*, y Manuel Fernández-Delgado Maroto, por *El diario de un combatiente en Rusia*.

Estos galardones revalidaban, en cierto modo, los méritos de algunos de los premiados y, por otra parte, descubrían a interesantes escritores para un futuro próximo. Así, con obra anterior conocida y estimada estaban Sánchez Jara, que tenía editadas *Las gestas españolas contadas a los niños* (1933), *El prófugo y otros cuentos* (1935) y *Blancanieve* (1940); Dictinio de Castilio-Elejabeitia, con *Nebulosas* (1934); De los Reyes, con *Tránsito* (1934) y Guardiola, con *Alboradas* (1926). Los otros, aunque familiares al lector murciano por colaboraciones periodísticas (como los dos Fernández-Delgado y García Abellán) o actividades docentes (Isidoro Martín), carecían en su haber de libros editados.

En 1943 quedaron desiertos el “Saavedra Fajardo” y el “Martínez García”, y saltó la sorpresa en el “Polo de Medina” por la tempranísima edad del premiado Jaime Campmany, autor de *Alerce*. Hubo mención honorífica para Salvador Jiménez López, por su *Bauprés en la orilla*. A destacar por su carácter “literario” el premio de historia (3.000 pesetas), “para la mejor obra de biografías de murcianos ilustres”, concedido a Juan Torres Fontes, por *Fajardo el bravo*.

Fueron realmente tres descubrimientos. Campmany tenía apenas 18 años y empujó en seguida una brillante carrera periodística (director de “Pyresa”, “Arriba”, “Época”, columnista de “Abc”...) y, con menor continuidad, una interesante trayectoria libresco (desde *Jinujito el lila* a la muy reciente *El pecado de los dioses*); Jiménez (casi paralelamente redactor de “Arriba” y “Abc”) fue autor de *Alabanza de ti* (1947), *Españoles de hoy* (1966) y las más cercanas *Papel de leja* (1989) y *Una naranja azul* (1995); en cuanto a Torres Fontes, muy joven en aquel momento, iniciaba con su *Fajardo* un currículum nutridísimo de libros y, sobre todo, de monografías sobre la Edad Media.

Al año siguiente (1944) se otorgó el “Saavedra Fajardo”, destinado “a la mejor obra dramática en prosa”, a la novela *Sueños*, de José Ballester, y el de historia, a José Sánchez Moreno, por *Vida y obra de Francisco Salzilla*. No hay datos sobre su dotación económica, probablemente la misma que en el año anterior. Se declararon desiertos los premios “Polo de Medina” y “Martínez García”.

Ballester era un periodista apreciadísimo en Murcia. En años juveniles había publicado la novela corta *La vita nova de Carlos* (1921) y una *Guía de Murcia* (1930), de delicado contenido. Pero su obra más destacable se llamó *Otoño en la ciudad* (1936), que ha quedado en la historia de la literatura de la región como una ejemplar novela lírica. Respecto a Sánchez Moreno, tenía en su haber *El alma, las cosas y el paisaje*, colección de estampas de prosa poética. Curiosamente, ambos eran directores de los dos diarios locales: “La Verdad” y “Línea”, respectivamente.



El “Polo de Medina” (3.000 pesetas) y el “Martínez García” (1.000) fueron concedidos en 1945 a Salvador Jiménez, por su libro de poesía *La orilla del milagro*, y a Fernández-Delgado Maroto, por el artículo *Retazo de la carta de un falangista a su hermana*. El de historia, con 3.000 pesetas, correspondió por segunda vez a Torres Fontes por su *Estudio sobre Diego Rodríguez de Almela y compilación de los milagros de Santiago*. El jurado recomendó la publicación de *Pedro Jara Carrillo: su vida y su obra*, de Sánchez Jara, que no llegó a realizarse. Quedó desierto el “Saavedra Fajardo”.

El fallo tuvo la peculiaridad de que galardonó a concursantes premiados todos ellos, o mencionados al menos, en convocatorias anteriores. Y es que en aquella Murcia empobrecida eran pocos los ciudadanos ilusionados en la creación literaria ante la realidad del *primum vivere*.

No convocó la Diputación sus premios de 1946, ni hay noticia de que se concedieran los de 1948 y 49. Los correspondientes a 1947 de poesía y de historia, se otorgaron, respectivamente, a Antonio Oliver, por *Libro de loas*, y a Antonio López Ruiz y Eusebio Aranda Muñoz, por *Vida y obra de don Diego Clemencín*. Quedaron desiertos el “Saavedra Fajardo” y el “Martínez García”.

Los dos aislados galardones tuvieron unos destinatarios muy merecedores de ellos. Oliver, marido de Carmen Conde y víctima de la “depuración” política, presentó un exquisito libro que se lee todavía con deleite. Y los universitarios López Ruiz y Aranda, catedráticos ambos, años después, realizaron una buena investigación sobre el comentarista del “Quijote”, que ha sido reeditada hace poco.

Los años cincuenta

En 1950, siendo presidente de la Diputación el exalcalde don Agustín Virgili Quintanilla, se premió a Gonzalo Sobejano, por *Eco en lo vacío*, con el “Polo de Medina” (5.000 pesetas), y a Enrique Martí Ruiz-Funes, con el “Martínez García” (1.000), por un artículo periodístico cuyo título desconocemos. Sobejano era muy conocido por su participación literaria en “Azarbe” y “Sazón”, cuando estudiaba en Murcia. Licenciado en Letras, y después doctor, en Madrid, este profundo libro de versos ha quedado como único en su amplia bibliografía posterior de investigador literario. El caso de Martí resulta insólito por tratarse de un premio “post mortem”, ya que había fallecido en 1945; cabe suponer que algún familiar o amigo remitiría su artículo al concurso. El jurado concedió un premio de igual cuantía, con carácter extraordinario, a Fernández-Delgado Maroto, por otro artículo sobre cuyo título no hay datos.

En 1951, el premio de historia (5.000 pesetas) recibió el nombre de “Francisco Cascales” y se otorgó a Rodolfo Bosque Carceller, por un trabajo acerca del antiguo reino de Murcia, titulado *Murcia y los Reyes Católicos*. El fallo resultó un poco deslucido por cuanto se limitaba a un solo autor, ya que se declaró desierto el de periodismo. Sin embargo, Bosque, investigador de la “escuela” del profesor Torres Fontes, presentó un estudio documentadísimo.



El premio “Saavedra Fajardo” se convocó en 1952 para “la mejor obra sobre ensayo, teatro, novela o estudios lingüísticos y artísticos” y lo consiguió Francisco Alemán Sainz por un libro de larguísimo y original título: *Cuando llegue el verano y el sol llame a la ventana de tu cuarto*. El texto de la convocatoria fue muy desafortunado, porque no se pueden establecer comparaciones razonables entre un libro de ensayo, una comedia, una novela, un conjunto de cuentos, una investigación lingüística... En esa mezcla de géneros salió a flote Alemán, que ya había publicado *Saavedra Fajardo y otras vidas de Murcia* (1949) y *La vaca y el sarcófago* (1952). El “Martínez García” quedó desierto de nuevo.

En 1953, el “Polo de Medina” recayó en Juan García Abellán por *Amor, tu antología*. Y se concedieron dos segundos premios de 2.500 pesetas cada uno (con la dotación del “Rodríguez de Almela”, de “Vida municipal”, que quedó desierto), a Francisco Cano Pato, por *La palabra encendida*, y a Fernando Martín Iniesta, por *La herencia de lo perdido*. Se convocó, con carácter extraordinario, el premio “Azorín” (3.000 pesetas), que fue a manos del profesor Antonio de Hoyos Ruiz, por su trabajo *Antonio Azorín*.

Aquel año, como puede apreciarse, la cosecha resultó abundante. García Abellán, uno de los fundadores de la colección “Azarbe”, accedía al “Polo de Medina”, tras haber publicado *Adolescencia del gozo* (1946) y *Cuando el hombre no duerme* (1952). Cano Pato repetía galardón, después de haber dado al público *El ámbito del lirio* (1943) e *Imagen y verso* (1948). Y Martín Iniesta, de Cieza, ya era autor de *Alborada* (1946), *Hombre del pueblo* (1947), *El creador de dioses* (1949) y *Sonetos de la isla*, (1951), cuatro breves pero sugerentes poemarios.

También con la denominación de “extraordinarios”, se convocaron en 1954 nuevos premios llamados “Andrés Baquero”, dotados con 5.000 pesetas cada uno. Los relativos a literatura e historia quedaron desiertos; el de arte, “al mejor estudio o conjunto de ensayos sobre figuras o motivos artísticos murcianos” lo recibió el pintor Luis Garay por su trabajo titulado *Murcia*, y que se publicó en 1957 con el nombre más explícito de *Estampas murcianas. Ensayos literarios*.

No se concedió en 1955 más que el premio “Martínez García” de periodismo (10.000 pesetas) sobre “Presencia de Murcia en el periodismo nacional”, y lo ganó Francisco Capote Maciá, redactor del diario “La Verdad”. Los otros, quedaron desiertos una vez más.

Fueron dos convocatorias, ésta y la anterior, de muy escasos resultados, pero no sabemos si por escasa concurrencia de autores o por mayor exigencia del jurado, proclive ya a declarar vacantes algunos premios.

En 1956, el “Rodríguez de Almela”, de “Vida municipal” (5.000 pesetas), recayó en el *Libro de La Unión*, de Asensio Sáez García, que ya había publicado en edad juvenil una colección de versos titulada *Cuatro esquinas*. El “Saavedra Fajardo” (10.000 pesetas) lo consiguió Alemán Sainz, por su colección de cuentos *Patio de luces y otros relatos*. Era su cuarto libro de narrativa breve y la segunda vez que lograba este galardón. El “Martínez García” aumentó su dotación a 2.500 pesetas,



pero exigió, razonablemente, que los aspirantes presentasen un mínimo de tres artículos, en esta ocasión “sobre artistas murcianos”. Lo ganó Ángel Vergel Cadenas, persona muy conocida por sus frecuentes colaboraciones en la prensa local, tanto a través de artículos como de relatos cortos.

Los periodistas Sánchez Jara y Ballester repitieron premios en 1957. Jara obtuvo el “Francisco Cascales” por su obra *Intervención de Murcia en la guerra de Independencia*, y Ballester, el “Martínez García” por su serie de artículos sobre “rutas turísticas de la provincia de Murcia”. referidas al Mar Menor, la frontera con el Islam español y la Murcia montañosa. El “Andrés Baquero” de literatura fue para Juan Barceló y su *Historia del teatro en Murcia*, que publicó la Academia Alfonso X el Sabio en 1958 y reeditó, muy ampliada, unas dos décadas después. Barceló, además, ha publicado posteriormente varios libros: *Estudio sobre la lírica barroca en Murcia* (1970), *Polo de Medina: la sociedad y los tipos humanos en su obra* (1978), *Escritoras murcianas* (1986), etc.

En 1958, con don Antonio Reverte Moreno como presidente de la Diputación, se alzó con el “Saavedra Fajardo” Ginés García Martínez por una monografía titulada *El habla popular de Cartagena*. Y, por primera vez, la Corporación adquirió una obra (por 5.000 pesetas) para su publicación: la novela *Literatura de evasión*, de Fernández-Delgado Marín-Baldo, presentada en este apartado. Su autor, galardonado en una ocasión anterior –como otros varios– con *La devoción contemplativa*, se estrenaba aquí como novelista. El “Andrés Baquero” de literatura lo obtuvo el profesor Antonio de Hoyos, por su *Unamuno, escritor*, a pesar de que se había convocado para “el mejor estudio o conjunto de ensayos sobre un escritor o escritores murcianos”. El libro estaba bien, pero ¿acaso fue murciano Unamuno? Por lo demás, Hoyos era persona muy conocida en los ambientes culturales, con alguna obra anterior, como *Ocho escritores actuales* y una monografía sobre el pintor Carpe.

La cuantía de los galardones aumentó en 1959 de un modo más acorde con el valor de la moneda. El “Cascales”, con 10.000 pesetas, lo ganó *Xiquena, castillo de la frontera*, de Torres Fontes; el “Saavedra Fajardo”, de igual cuantía, *Teatro medieval en un pueblo murciano*, de Eusebio Aranda Muñoz. Ambos autores habían obtenido sendos premios de la Diputación en años anteriores. El “Martínez García”, con 5.000 pesetas, lo logró el periodista Ismael Galiana Romero, redactor de “Línea” en aquellas fechas, y autor posteriormente de algunos libros de interés: *Joaquín para todos* (1967), *Los otros fuegos* (1977), *Guía secreta de Murcia* (1978), *La mudanza* (1995)...

La década de los 60

También repitió premio, ahora el “Andrés Baquero”, con 10.000 pesetas, Fernández-Delgado Marín-Baldo, con *La gran tribulación*. Con él reafirmaba su inclinación hacia la novela, que tendría continuidad más adelante con *Palabras sobre la huerta* (1978). Y la Diputación adquirió para ser publicada la *Crónica de los Reyes de Castilla*, de Antonio García Martínez, la cual, por su contenido, debió ser destinada al “Cascales”, que quedó desierto. El “Saavedra Fajardo” fue a parar –por primera vez–



a una mujer: Josefa Flores de Prini, por sus *Cuentos*. Y el “Martínez García” lo recibió Carlos García Izquierdo, redactor-jefe de “Línea” y subdirector de “Hoja del Lunes”, por su serie de artículos *Por la ruta de la paz y santidad murcianas*, publicada en el semanario de la Asociación de la Prensa.

El “Polo de Medina” de 1961 (10.000 pesetas) correspondió a Salvador Pérez Valiente, largos años en Madrid, por su libro inédito *No amanece*. El “Cascales”, destinado “a la mejor obra histórica sobre una ciudad o villa del antiguo reino de Murcia”, recayó en Juan Torres Fontes, nuevamente, por *El señorío de Abanilla*. El “Martínez García” se destinó a fotografías.

A destacar, la distinción a Pérez Valiente, que había concursado sin éxito en alguna convocatoria anterior y tenía publicados *Cuando ya no hay remedio* (1947), *Libro de Elche*, en prosa (1949), *Por tercera vez* (1953) y *Lo mismo de siempre* (1960).

En 1962 se creó un premio especial, “Cardenal Belluga”, para el mejor juicio crítico sobre “los problemas sociales y políticos de la España de su tiempo”. Lo ganó Rafael Serra Ruiz, con un trabajo que llevaba exactamente ese título. Serra, que falleció joven, era otro destacado historiador de la “escuela” del profesor Torres Fontes. Alemán Sainz, por su parte, alcanzó el “Martínez García” de artículos, dotado con 5.000 pesetas.

Este galardón aumentó en su cuantía (10.000 pesetas) y en número de trabajos por concursante –diez, como mínimo– en 1963 y, por primera vez, exigió un tema concreto: posibilidades turísticas del Sureste. Lo obtuvo en segunda ocasión Ismael Galiana. El “Polo de Medina” (ahora, con 25.000 pesetas) lo alcanzó Vicente García Hernández, por su *Dios se llama forastero*, que lo consagró como “un interesante poeta religioso actual”, en frase de Díez de Revenga. Más adelante, publicaría *Los pájaros* (1968), accésit del “Adonais”, y *Labios en la Vía Láctea* (1982), ya en plena madurez creadora. En esta época era presidente de la Diputación don Ramón Luis Pascual del Riquelme.

La cosecha literaria fue escasa en 1964. El “Baquero” de novela (25.000 pesetas) lo consiguió, una vez más, el incansable Alemán Sainz, con *Asunto concluido*, que no llegó a publicarse nunca. Y el “Martínez García”, acerca del incremento de riqueza que produciría el trasvase, no suscitó demasiado entusiasmo entre los periodistas y fue declarado desierto.

De nuevo, Torres Fontes volvió a ganar el “Cascales” de historia (25.000 pesetas) en 1965, con *La reconquista de Murcia por Jaime I el conquistador*. El “Martínez García” (10.000 pesetas) lo consiguió Isidoro Valverde Álvarez por sus artículos *Cartagena entrañable*, que formarían más tarde un interesante libro. Se creó el premio “Julián Romea”, de teatro, para una obra dramática, pero quedó desierto.

El “Polo de Medina” de 1966 (con 25.000 pesetas) fue a parar a Francisco Sánchez Bautista, por *Razón de lo cotidiano*, y el “Martínez García”, por segunda vez, a Ismael Galiana, por sus artículos acerca de “Aportación de Murcia a las artes plásticas”. El premio a Sánchez Bautista recompensaba una trayectoria poética muy



destacada, con libros como *Tierras de sol y de angustia* (1957), *Voz y latido* (1959), *Elegía del Sureste* (1960), *Cartas y testimonios* (1962) y *A modo de glosa* (1963) y que continuaría hasta hoy con encomiable calidad.

En 1967, el joven escritor Antonio Segado del Olmo, con su novela *El Palmeral*, ganó el “Andrés Baquero”, dotado con 25.000 pesetas. Segado iniciaba así una carrera novelística en la que destacó siempre su gran caudal imaginativo. Publicó, en sucesivos años, *Trópico de ausencia* (1973), *Ceremonial de ahogados* (1977) y *El día que llegó el mar* (1981), así como otros libros al margen de la novela. El “Martínez García” de este año se dedicó de nuevo a la fotografía.

Los premios iniciaron a continuación un cierto declive. Los de 1968 ni siquiera fueron convocados, y los del 69, desiertos en su mayoría, sólo recompensaron (con el “Julián Romea”) a Antonio Morales Marín por la representación de una obra, que fue *El otro*, de Unamuno.

Los años 70 y 80

En 1970 correspondió el “Polo de Medina” a Carlos Clementson, cordobés vinculado a Murcia, por su libro de versos *La afirmación de mí mismo*, que se publicaría algo más tarde con el título de *Canto de la afirmación*. En cuanto al “Martínez García” se cometió el error de convocarlo –en este año y en los tres siguientes– con una temática obligada, lo cual limitaba mucho, sin pretenderlo, la presencia de concursantes. (Nótese que se pedían artículos *publicados* y con un mínimo de tres, y los periódicos locales nunca fueron partidarios de dar cabida, en sólo unos meses, a trabajos sobre idéntico tema), En 1970 se pidieron tres o más trabajos acerca del alcázar y santuario de la Cruz de Caravaca. Lo ganó el sacerdote y periodista José Freixinós Villa con el enunciado de *Un pueblo busca su historia*.

Al año siguiente, el tema fue el monasterio de Santa Ana, de Jumilla, pero no hemos encontrado datos sobre el ganador. Los otros galardones quedaron desiertos. En 1972, hubo un primer premio (Serafin Alonso) y dos accésits de 15.000 cada uno, para Ramón Gómez Carrión y el sacerdote Juan Hernández Fernández; los tres tuvieron que escribir sobre el santuario de la Virgen de la Esperanza, de Calasparra. Los cuatro nombres premiados respondían a firmas muy habituales en la prensa murciana. Alonso y Freixinós pertenecían a la plantilla de “Línea”; los otros dos, a “La Verdad”.

El “Polo de Medina” de 1972 se atribuyó a *Descendamos al valle*, de Salvador Sandoval López, que publicaría más tarde *Agua de río* (1977), *Maizales y retamas* (1989) y *Sol de otoño* (1995). y se recompensó con un accésit *Circulación primera*, de Aurelio Serrano Ortiz, quien afirmó por cierto, en una entrevista, que tenía 14 libros inéditos... El “Cascales” quedó desierto. En estos años presidía la Diputación don Gaspar de la Peña Abellán.

En el año inmediato (1973), no se convocó el “Polo de Medina”, que tendría en adelante carácter bianual, alternando con el “Andrés Baquero”. El “Martínez García” lo obtuvo Fulgencio Saura Mira, por sus artículos en torno al monasterio de Los Jerónimos, publicados en “Línea”.



En 1974, obtuvo el premio “Francisco Cascales”, dotado ahora con 100.000 pesetas, el profesor José Antonio Ayala, con *Murcia y su huerta en la II República*. Ayala había dado ya a conocer por aquellas fechas un libro acerca del político Romero Robledo, y publicó después *El regadío murciano en la primera mitad del siglo XIX* (1975) y *La masonería en la región de Murcia* (1986). La Diputación, a cuyo frente estaba entonces don Ginés Huertas Celdrán, acordó publicar *Cartagena en la guerra de Sucesión*, de María Dolores Cotallo Sánchez, dentro de esta modalidad histórica. El “Baquero” de novela corta (50.000 pesetas) lo obtuvo Vicente García Hernández –segunda vez galardonado– con *Los vidrios rotos*, y se concedieron dos menciones honoríficas: una, para Antonio Martínez Cerezo, por *Torres de naipes*, y otra para Alemán Sainz, por *Servicio doméstico*. Creemos que estas dos últimas obras no se editaron nunca. En cuanto a sus autores, Cerezo acababa de publicar la novela *La otra muerte de Pablo Picasso* (1973) y *Murcia, de la A a la Z* (1974), a la que seguirían más tarde *El otoño de una primavera* (1983) y otras. Alemán gozaba de un currículum que ya ha sido mencionado. El premio de periodismo lo ganó José García Martínez, redactor de “La Verdad”, por *Gente de Murcia*, que se convirtió en libro en 1983, con el texto considerablemente ampliado.

En 1975 no se otorgó, en el terreno de la literatura, más que el “Polo de Medina” (50.000 pesetas), que recayó en Julio Alfredo Egea Puche, de Chirivel (Granada) y residente en Almería, por su libro de poemas *Bloque quinto*. Era la primera vez que no se exigía a los autores ser murcianos o residentes en Murcia. La Diputación acordó editar, a propuesta del jurado, *El vaho en los espejos*, de Dionisia García, y *Ciudad al paso*, del periodista Matías Sánchez-Carrasco, de Radio Nacional de España. Dionisia publicó después numerosas obras poéticas, como *Antífonas* (1978), *Mnemosine* (1981), *Voz perpetua* (1982), *Interludio* (1987), *Diario abierto* (1990) y *Las palabras lo saben* (1993); en prosa, *Antiguo y mate* (1985) e *Imaginaciones y olvidos* (1996). Sánchez-Carrasco ya se había dado a conocer con *Canto por vosotros* (1974), y publicó más tarde *Sabor a fútbol*, relatos breves (1982). El premio “Martínez García” quedó desierto, con el acuerdo de acumular su dotación al de la convocatoria de 1976.

Así fue, y en dicho año lo alcanzó Pedro Soler Gómez, redactor de “La Verdad”, con una bolsa de 100.000 pesetas. El “Baquero”, de novela corta, marchó por segunda vez fuera de la provincia: a Salamanca y a manos del periodista Francisco Casanova Villar, autor de *Huella secreta*. Con carácter extraordinario se convocaron sendos premios para trabajos relativos a la evolución del Municipio y a la figura del alcalde pedáneo, dotados cada uno con 10.000 pesetas. Los ganaron, respectivamente, Fulgencio Saura Mira, por *Evolución histórica del Municipio*, y el periodista Ismael Galiana, por *Gobierno local de pedáneos y alcaldes*. Y se concedió una mención honorífica, en el último de estos apartados, a Mariano Estrada Lorca, por *Radiografía del alcalde pedáneo*. En esta etapa presidía la Diputación don José Manuel Portillo Guillamón.

En 1977, el premio “Polo de Medina”, ahora con 75.000 pesetas, fue otorgado a Alemán Sainz por *Los poemas del narrador*. Era la tercera vez que lo obtenía este escritor, si bien anteriormente en otras modalidades, como hemos visto. El jurado



concedió sendas menciones honoríficas a María Amelia Guzmán Martínez-Valls, por *Contradicción del alma enardecida*, y a Salvador García Jiménez, por *Crescendo en clave de osadía*. El premio “Martínez García” quedó desierto.

Con mejores dotaciones, se otorgaron en 1978 los premios “Saavedra Fajardo” de literatura y “Baquero” de teatro: 150.000 y 75.000 pesetas, respectivamente. Corresponderon a Francisco Zaragoza Such, el primero, por *Lectura ética de Antonio Machado*, y a Vicente García Hernández, el segundo, por *Las arañas*. García Hernández ya estaba en posesión del mismo, en novela, por *Los vidrios rotos*, como quedó dicho.

Los premios de la Diputación se acercaban a su final. En 1979, con don Carlos Collado Mena como presidente de la institución, sólo se concedió el “Polo de Medina”, que ganó uno de los finalistas del año anterior, García Jiménez, con *Gris encendido*; en 1980, el “Saavedra Fajardo”, que obtuvo Santiago Delgado por su novela *Pulum eris* (250.000 pesetas, en esta ocasión). Y en 1981, de nuevo el “Polo de Medina”, que alcanzó José Félix Navarro Martín, con *Viento de ayer*. Delgado publicó después las novelas *La isla de las ratas* (1984), *La escritura del diablo* (1986), *Crónica de León de Cartagena* (1990), *El rey mago perdido* (1996), *Crónica de Todmir* (1997) y otras varias obras en el terreno del ensayo.

Transformada la Diputación provincial, de inmediato, en Comunidad Autónoma, desaparecieron estos premios, tras casi 40 años de existencia. La creación de la Editora Regional abrió un nuevo cauce –pequeño y muy “personalista”– para la labor creadora de los escritores murcianos. La Universidad, por su parte, permitió que su Servicio de Publicaciones editase algunas obras puramente literarias. Pero fue un resquicio de breve duración. Hoy, desaparecidos estos premios, así como los “Ciudad de Murcia”, del Ayuntamiento, el “Martínez Tornel”, de Casa Zamora, el “Nogués”, de la imprenta así denominada, el “Hoja de laurel”, de la familia Belmar, y el “Águilas”, de la ciudad de este nombre, al escritor murciano –poeta, narrador, dramaturgo...– no le queda más esperanza que la munificencia de las Cajas de Ahorro, generosa pero forzosamente muy limitada, y los galardones “Villa de Mazarrón” y “Jara Carrillo”.

